

MEMORIAS

Entre ángeles y desastres

Violeta Quevedo deja de ser privilegio de unos pocos y aparece con toda su inocencia y claridad

POR GUILLERMO BLANCO
La información es escueta y la curiosidad, grande. Vuelan los rumores. Según éste, fueron un par de mujeres chifladas y con mucha plata. Aquél aclara (oscureciendo) que la plata no fue para tanto. Por aquí se corre que Violeta escribía sus implacables memorias, las publicaba y la familia iba comprando el libro ejemplar por ejemplar, para evitar la "vergüenza". Entonces Violeta, en vista del éxito, reeditaba la obra, y vuelta a lo mismo.

Con el transcurso del tiempo se constituyó una especie de secta de iniciados. "¿Tú has leído a Violeta Quevedo?" Y si la respuesta era afirmativa, se establecía el mismo vínculo que entre los viejos miembros de las sociedades secretas o los actuales... Eso.

Violeta Quevedo se llamó Rita Salas. Y el dinero que tuvo (¿qué importa cuánto?) le alcanzó para viajar con su hermana Sofía, en medio de indecibles penurias, a Europa, Estados Unidos, Llole, Las Vertientes. Nada de lo cual dice gran cosa.

Ya Eduardo Anguita pronunció la palabra clave, hace más de 30 años: "inocencia". Violeta Quevedo es dueña de ese raro don que se llama un alma limpia. Parece haber nacido sin pecado original, y allí reside lo original de su visión del mundo. Lo puebla de prodigios. Todo sueño es profético. Toda solución, un acto milagroso de la Divina Providencia. Un lápiz extraviado puede convertirse en catástrofe, y hallarlo delata la amorosa intervención del Niño Jesús o Santa Teresa.

Un desastre universal

Y ahora, buena noticia: la Editorial Universitaria publica *Seis relatos de Violeta Quevedo*, en un volumen ilustrado con fino pulso por Juanita Lecaros. Uno de ellos, *Saliendo de un abismo y no sé más* (1964), permanecía inédito. Los demás resultan casi tan novedosos, porque, hasta hace unos días, sólo un milagro permitía conseguir un ejemplar de *El ángel del Peregrino* (1935), *El País soñado* (1941), *La torre del campanario* (1948), *El vergel encantado* (1949) o *Los embrollos de Otilia* (1955).

Las obras de Violeta Quevedo admiten, por lo menos, dos tipos de lectura. Una simple y algo pobre, que se limita a descubrir las rupturas de la lógica y ce-



Violeta Quevedo: flor humilde, mirada milagrosa sobre el mundo

lebrarlas como si fueran divertidas. Otra, más compleja, percibe aquella inocencia no como un defecto, sino como una envidiable virtud, y se fascina con la pureza, la lógica diversa (no ilógica) que anima los relatos, la maravillosa capacidad para alterar las dimensiones de las cosas.

Esta segunda forma de leer también permite reírse. Pero es una risa distinta, quizá más sabia. Una risa con nostalgia de las propias inocencias perdidas, y con ternura hacia esta mujer para quien la Guerra Mundial es apenas un telón de fondo y la pérdida de un crucifijo, un desastre universal.

"Sola, me gustaría..."

Rita Salas Subercaseaux nació en 1882 y murió en 1962. Es decir, comenzó a publicar a los 53 años. Se firmó Violeta Quevedo, según ella misma explica, no sin motivo: "Violeta, porque soy como la flor que oculta su cabeza entre la yerba. Quevedo, porque escribo lo que veo".

Escribe lo que ve, lo que muy pocos

ven. Al llegar a Génova, "se almorzó y acto seguido a visitar lo mejor que tiene la ciudad: el cementerio". En Roma, van a ver al Papa; "nuestros compañeros no nos habían esperado y nosotras, para llegar a tiempo a la audiencia, tuvimos que tomar un auto. Así y todo esperamos una hora".

También en Roma, "visitamos varias iglesias: San Pedro, San Juan de Letrán y la capilla de la Escala Santa, que subimos hincadas, como se debe, impresionándome sobre manera un compatriota chileno que tenía muy malas piernas. Así era de más mérito su subida. Yo, aunque estaba bastante delicada, lo hice de la misma manera".

No le gustó mucho el lugar: "Esta ciudad es para mí incomprensible, le dije llorando a mi hermana; no me agrada. Creo que si volviera sola, me gustaría". Estas palabras "fueron tal vez un oráculo", porque luego de una vuelta sola "pude admirar con gusto la belleza y el arte antiguo, los recuerdos históricos y santos que contiene la ciudad".

Confesiones políglotas

En una iglesia, "pudimos contemplar los vasos sagrados de la primera Cena, las Espinas del Señor y el Dedo de Santo Tomás". No se los mostraban a todos, pero en vez de asombrar la excepción a las hermanas, era el religioso que les permitía ver aquello quien "estaba sumamente sorprendido".

En Lourdes, se encuentran con un primo que "iba para cumplir una manda a fin de que se realizara un matrimonio. Desgraciadamente no consiguió lo que pedía". La Gruta "la encontré muy parecida a la copia que existe en Santiago. La imitación es muy buena". Conocieron a un hermano de Santa Bernardita. "Había nacido 14 años después de las famosas apariciones. Ella fue su madrina. Nos despedimos de él. Mi hermana le dijo: '¡Hasta el Cielo!' Efectivamente, pues a los pocos días de llegar a nuestra patria supimos por el diario que el hermano de Santa Bernardita había muerto".

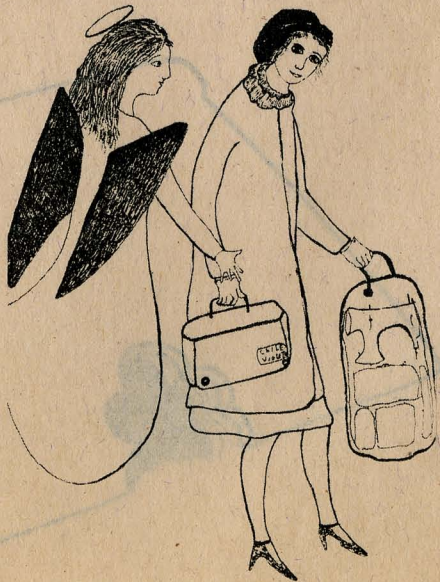
Después, "recorrimos varias ciudades francesas. En Francia puedo decir con verdad, aprendí a vivir mucho, pues los franceses no miran bien a los chilenos. A menudo lloraba, siendo así que muchos

me creían compatriota de ellos". Los sacerdotes franceses, en cambio, merecen todos sus elogios. "En Bélgica acusando a un niño que me fastidiaba en el momento que tenía una fatiga, me defendió un sacerdote de tal manera que ya el chiquillo no se atrevió a mirarme, ni menos a pedirme limosna".

Durante sus viajes, "me tocó confesar-me en varios idiomas, aunque de algunos poco sabía, como italiano. El Padre me tranquilizó diciéndome que me había comprendido".

"Protestantes, pero buenos"

Las intervenciones del Angel Custodio son continuas. Una noche, al llegar a París, "cual no sería mi estupefacción al presentármese un joven francés como conserge, tan buen mozo como bueno". Movido por el ángel, ofrece llevarle las maletas. Ella teme. El la tranquiliza asegurándole (¿después de adivinar su pensamiento?)



Violeta y el Angel: así los vio la artista Juanita Lecaros

que "nunca le ha hecho eso a nadie". Llegada a su alojamiento, "le di un millón de gracias y me despedí de él con toda amabilidad y se contentó pues lo hacía sin el menor interés con un franco no más..."

Serio peligro en Bélgica, donde una monja la perseguía para persuadirla de que tomara los hábitos. En Londres le impresiona lo caballeros que son los ingleses. Comulga. "Esa fue mi primera acción en una ciudad en que iba a ser tan favorecida por la Divina Providencia. Allí mismo me encontré con una amiga chilena que se sorprendió al verme y me dijo: ¿Sabes que anoche soñé que tú habías venido? ¡Curioso el caso! Como ésta no estuvo muy amable, me volví con la monjita".

En fin, los ingleses serán "protestantes, pero buenos". Y Estados Unidos les brindará otras causas de asombro. Y el Cajón del Maipo, la costa chilena. La maravilla es aquí como la procesión: va por dentro. En el alma clara de Violeta y su hermana, que recorren el mundo sin dejarse pervertir ni desviar. •